

leza, caridad y demas virtudes, que le hicieron con mucho tiempo antes de su muerte, merecer el honroso título de: *Varon Ilustre y Santo*.

V.

Bien pudiéramos citar aquí varios de esos acontecimientos notables; pero vamos á paso de gigante por la difícil senda que recorrió este sacerdote ejemplar. Tenemos, no obstante, que detenémos al aspecto horroroso, terrible y amenazante de aquella catástrofe que convirtió en cenizas y escombros la hermosa casa situada en la esquina inmediata al cementerio de San Francisco en Morelia.

El fuego envuelto en densas nubes de humo salia formando un torbellino de entre las maderas de una carpinteria que estaba en la cochera de aquella casa. Como en todo siniestro se ignora el principio, así en este incendio no pudo averiguarse quien fuera la causa de semejante desastre.

La campana mayor de Catedral y con ellas de las otras iglesias, tocaban á fuego en aquella noche de tristes recuerdos: las autoridades salieron violentamente y se presentaron en el lugar del gran peligro para toda la ciudad: la tropa salió de sus cuarteles con piezas de artillería, y habiéndose campo por entre la muchedumbre, se colocó frente al edificio.

En aquel momento solemne y de tanto peligro, pudo salvarse de entre las llamas el Sr. Peña y su familia, la cual fué echada por los balcones por medio de lazos hasta descanzar en

el piso de la calle. Los libros y muebles fueron con toda rapidez posible arrojados de la altura; pero fueron tan pocas las cosas que se escaparon de las manos del pueblo y del fuego, que bien puede asegurarse la total ruina de aquella familia.

Los estragos que iba haciendo aquel fuego comprimido, llamaron fuertemente la atención de los gefes de la tropa; perturbados los ánimos y sin saber que medio emplear en la extincion del incendio, les ocurrió la peregrina idea de hacer mas espantosa aquella situacion: abocaron las piezas en direccion de la casa; y cuando menos lo pensaba el Sr. Peña y la familia que estaban presentes, oyeron el estallido del cañon, las balas traspasaron las paredes, se simbraron los pisos del entresuelo, y el fuego enfurecido como el de un volcan, era arrojado por la brecha que el cañon acababa de abrir. Entonces el incendio se generalizó en toda la casa; las vigas cedieron, y la caída de las azoteas fué el triste anuncio de que aquella casa ó morada del Santo Sacerdote quedaba reducida á cenizas y escombros.

El pueblo moreliano tan amante de los ministros de Jesucristo, se rodeó del humilde sacerdote y llorando le acompañaban en su amargura; pero el Sr. Peña que siempre respetó la voluntad de Dios, correspondió dignamente al justo pésame que le daban sus amigos y compañeros.

Con este funesto acontecimiento que Dios le mandó, pudo dar á conocer su resignacion en las adversidades, su desprendimiento de las cosas de la tierra, su piedad y religion bien arraigadas en su alma, y la tranquilidad de su noble corazon. Job, en otro tiempo, dió un testimonio de su fé y de su esperanza ante sus parientes y amigos, al ver desaparecer de su vista sus ri-

quezas, sus ganados y su casa. El Sr. Peña, frente á frente de la que habia sido su morada, contemplaba en las cenizas la inestabilidad de las riquezas y lo perecedero de los bienes de fortuna. Job, rascando sus llagas en medio de un muladar, esperaba en la resurreccion de la carne y en la venida del Redentor. El Sr. Vicario Capitular y Gobernador de la Mitra de Michoacan sobre las ruinas de su casa, sofocaba los latidos de su corazon, y comprimiendo á dos manos los sentimientos naturales por los bienes de fortuna, exhalaba suspiros por ver á Dios, y en todo se conformaba con su santísima voluntad.

Morelia es un testigo ocular de la resignacion y conformidad del Sr. Peña en todas sus adversidades; pero mas lo es de su ardiente caridad.

Es público y notorio el ultraje que con motivo de este incendio ha tenido que sufrir de un pariente suyo: (que no lo mentamos aquí, para no hacerle mas desgraciado con la reprobacion de su conducta é ingratitud) este hombre hizo apurar todo el cáliz de amargura al Santo Sacerdote, demandándolo ante los tribunales por algunos objetos, que segun quedó probado ante el juez, desaparecieron en el incendio. Vencido en juicio su imprudente antagonista, y probada la buena fé, honradez y delicadeza del Sr. Peña, no olvidó jamás á su pariente y le colmó de bienes en toda su vida. Así amaba á sus prójimos y hermanos el honorable y muy digno canónigo de la Catedral de Morelia.

Sin embargo, los hombres por muy justos que sean y por muy acreditadas que estén sus virtudes, Dios permite que tengan enemigos y sufran la persecucion, la calumnia y aun el que sean tratados como locos é insensatos. Estas

persecuciones sabiéndolas aprovechar, forman la mas gloriosa corona del Sacerdote Católico.

El Plan de Ayutla, copioso en funestos resultados, y lleno de ira contra los ministros del Santuario, se cebó á su entera satisfaccion en muchos sacerdotes, que con valor y energía supieron defender los intereses católicos de Michoacan. Ya en Zitácuaro habian los liberales de aquel tiempo aherrojado á tres sacerdotes en la cárcel pública, cuando el Sr. Peña como Gobernador de la Mitra reclamaba dignamente al del Estado aquellos ultrajes; pero jamás consiguió ser atendido, antes sí con este motivo, unido á los justos reclamos que tambien hizo por las libertades de la Iglesia, fué conducido al destierro como se lleva á un reo de grandes crímenes.

El cura de Zitácuaro y sus dos vicarios por haberse opuesto á las indignas pretenciones de un sacerdote intruso, eran llevados por 25 dragones á la *Isla de Caballos*, y de Morelia tambien salia en un carruage el Sr. Gobernador D. José Antonio de la Peña á la misma isla, por el camino de Tacámbaro. Eran los primeros desterrados despues del Illmo. Sr. Munguía, y los primeros sacerdotes que á la faz de la nacion se ofrecian en sacrificio por la defensa de sus creencias.

Durante este honorífico destierro, el Sr. Peña no cesó de dar testimonio de su mision sobre la tierra: como ángel de reconciliacion y de paz se le vió en Tacámbaro con su ampollita asistiendo á los enfermos y sirviendo como el mas activo vicario de una parroquia. Con el ejemplo y con la palabra, siempre predicó el Santo Evangelio, y procuró de todos modos corregir las malas costumbres; pues su valor como sacerdote católico, jamás se agotó en su espíritu.

Se refiere, que el oficial de la escolta que le llevaba al destierro, al verle tomar el Breviario, en tono filosófico-liberal, le dijo:—¡Va vd. á cumplir con la suegra! —No, señor, voy á implorar el auxilio de Dios; voy con gusto á cumplir con mi deber. Con tan dulces palabras y con aquella unción propia del carácter sacerdotal, el oficial quedó confuso, y de allí en adelante no tuvo mas que respetos y consideraciones para con el desterrado.

Pasaron los tiempos y llegó aquella época de grandes acontecimientos para México. El ejército mexicano al mando del general Marquez, rechazó el 19 de Diciembre de 1863 á las fuerzas liberales, que en número de 15,000 hombres atacaron á Morelia.

Eran las diez de la mañana, el fuego de artillería arrojaba aún gruesos proyectiles sobre la plaza; pero el último resto del ejército sitiador corría por las lomas de Santiago y Santa María, al verse acribillado á balazos por el 2º de línea al mando del coronel Mendez. En estos momentos en que corría la sangre mexicana por las calles de Morelia, tres sacerdotes recibían los heridos en el Seminario; y como los corredores de abajo quedaron cubiertos con mas de 400 heridos, moribundos los mas, tuvieron los tres ministros que repartirse en distintas direcciones, para administrar los Sacramentos de la Penitencia y Extremaunción; uno de estos celosos ministros, era el Sr. Canónigo Lic. D. José Antonio de la Peña y Navarro, electo ya Obispo de Drusipara; el otro era el Sr. Arcediano que es hoy de Zamora, Lic. D. Bruno Gutierrez; el tercero era un pobre sacerdote . . . No se borrará jamás la memoria de aquel día terrible para Morelia, porque así como fué tan inminente el pe-

ligro de la vida y de los intereses de toda la ciudad; así fué también la buena conducta del ejército sitiado para con los vencidos; pero si brilla el valor de los mexicanos en esta acción de armas, también se distingue el celo y la caridad del Illmo. Sr. Peña.

Como hemos llegado insensiblemente á la época en que Nuestro Illmo. Prelado comenzó á dirigir la Diócesis de Zamora, tendríamos que dar la última mano á nuestro cuadro.

VI.

Al referir los hechos apostólicos del Primer Obispo de Zamora, viene á nosotros inmediatamente el recuerdo precioso de un hombre grande en ciencia y piedad; la respetable sombra, si nos es permitido decirlo así, del Illmo. Sr. Arzobispo de Michoacan, Dr. D. Clemente de Jesus Munguía, nos parece verla cubierta de luz junto á la tumba de nuestro muy amado Pastor; los dos protectores de nuestra naciente Iglesia; los dos héroes cristianos que con sus talentos y virtudes supieron colocar á grande altura el nombre de Zamora; los dos espíritus encendidos en el fuego de la caridad de Jesucristo, que no rehusaron jamás el sacrificarse en las aras sacrosantas del deber, antes que doblar la rodilla y adorar el ídolo execrable de la Reforma; en suma, tenemos delante de nuestros ojos á estos seres queridos, á quienes debemos, despues de Dios, nuestra carrera literaria y eclesiástica.